El Eco de Cartagen

Año XXXII DECANO DE LA PRENSA LOCAL Núm. 9140

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 11.—**Provincias.**—Tres meses, 7'50 id.—**Extranjero.**—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

—CONDICIONES—

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en Paris, A. Lafrette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Lóndres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, CALLE MAYOR 24.—

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL

COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS

Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, n.° 1 (Paseo de Recoletos).

GARANTIAS

Capital social efectivo... Pesetas		12.000.000
Primas y reservas.....	»	40.697.980
Total.....	»	52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía *racional* contrata seguros contra los riesgos de incendios.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, haciendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 18.301.675,53.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas *más reducidas* que cualquiera otra Compañía.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Viuda de Soro y C.ª, Plaza de los Caballos, 15, bajo.

MARTES 19 DE ABRIL DE 1892

RELACIONES COMERCIALES ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA.

Comienzan á sentirse en la nación vecina los efectos de la ruptura comercial entre ambos paises, y de todas partes se levanta fuerte clamoreo contra la intransigencia de «los rurales,» como llaman á los proteccionistas.

Hace pocos días les ha sido entregada al presidente del Consejo de Francia, al ministro de Negocios Extranjeros y á otros funcionarios, una exposición de industriales, comerciantes y exportadores, en la cual llama la atención del gobierno «acerca de la espoliación de que son víctimas.»

«Todas las naciones--añaden los exponentes—celosas de su comercio y de su industria, han prorrogado sus tratados con España hasta el 30 de Junio próximo; solamente la industria y el comercio de Francia, tan ligados á España, han sido sacrificados y condenados á un aislamiento desastroso, con gran satisfacción de los industriales y comerciantes ingleses y alemanes.

La continuación de tal estado de cosas nos lleva en línea recta á la pérdida para nosotros del mercado español, uno de los raros mercados que quedan á Francia en Europa.»

En este tono continúa la exposición, que lleva más de ochocientas firmas de comerciantes é industriales de importancia.

En cartas particulares recibidas en Madrid se habla de algunas casas importantísimas, cuya principal clientela está en España, las cuales dicen:

«Es deplorable ver que en Marzo corriente hemos tenido siete compradores, de ellos cuatro españoles y tres portugueses, que en vez de comprar por término medio de 50 á 60.000 francos cada uno, solo han comprado de cinco á siete mil, aquello que no han podido encontrar en Inglaterra, á donde van todos.

Háblase también de muchas casas que han tenido que cerrar porque su exportación era ya nula.

Esto no puede continuar así—añaden dichas cartas, algunas de las cuales ha llegado á poder de un elevado funcionario,—esto no puede continuar, y á poco que haga por su parte el gobierno español, es indudable que el francés se verá obligado á ir á un acuerdo comercial, que tanto necesitamos franceses y españoles.»

Tales son las manifestaciones ultra-pirenáicas. Falta saber qué harán los gobiernos.

EL DESCANSO DOMINICAL.

II

Pasemos al aspecto higiénico de la cuestión.

Un día entero y común de reposo hebdomadario—dice el Dr. Naegles en las conclusiones de su *rapport* al Congreso de París— es generalmente necesario para el vigor y la salud del cuerpo y del espíritu, es una condición esencial de vida prolongada y de aptitud para el trabajo; una prenda de prosperidad material para los individuos, las familias y las naciones; y es necesario llevar al convencimiento de todos, las múltiples ventajas que ofrece, para el desarrollo de las fuerzas y para la salud, un día regular de reposo juiciosamente empleado.

Esto decia el Dr. Naegler después de haber presentado al Congreso las experiencias hechas por los profesores de Peten Kofer y de Voy.

Las experiencias realizadas por estos sabios profesores, han permitido calcular la cantidad de sustancias que un cuerpo vivo se asimila por el aire y por la nutrición, así como lo que pierde en un espacio de tiempo determinado, según el género de alimentación que recibe, la duración del reposo de que goza, y la naturaleza del trabajo á que se dedica. Y se ha comprobado que al cabo de un día de trabajo se produce un *déficit* en nuestra provisión total de oxígeno, que según el trabajo, la alimentación y el estado muscular oscila entre un diez y un veinte por ciento.

Estos *déficit* diarios, sumados al fin de la semana producen un agotamiento completo de oxígeno en nuestra asimilación, y de ahí el empobrecimiento de la sangre, la relajación de los músculos y de la fatiga del sistema nervioso.

Para corregir este déficit que mina la existencia del trabajador, es necesario un día de reposo por semana, pues ha sido comprobado científicamente, que no puede reemplazarse este día de reposo ni por el sueño ni por la alimentación más fuerte y reparadora, porque durante el sueño respira el obrero la atmósfera viciada de su estrecha vivienda, y el aire nocturno siempre pobre en oxígeno, y los alimentos, si renuevan en el organismo la porción de azoe y carbono, no dan en cambio, el oxígeno que necesitamos, y que no puede ser acumulado en nuestros músculos, en suficiente cantidad, más que por el descanso.

Y esto sucede también con el trabajo intelectual. Noches pasadas demostró aquí elocuentemente el distinguido catedrático D. Amalio Jimeno, la correlación y analogías fisiológicas que existen entre el cansancio físico y la fatiga intelectual; ¿quién no ha experimentado, después de una semana laboriosa, consagrada á la producción literaria, esa impresión de fatiga, de decaimiento que nos lleva á mirar con disgusto las ocupaciones que antes nos parecían agradables?

No interrumpais el trabajo de la semana, y se debilitarán vuestros nervios, se embotarán vuestros sentidos, se atrofiarán vuestras inteligencias.

Mirad en cambio esos viejos que asombran á la generación actual por la lucidez de su inteligencia y la firmeza y seguridad de su juicio.

Preguntadles á qué deben su admirable equilibrio cerebral y os responderán con orgullo, lo que el venerable Mister Gladstone contestaba á León Say, Presidente del Congreso del descanso dominical:

«Yo voy llegando—decia Mr. Gladstone—al término de una carrera política de cincuenta y siete años, y atribuyo la prolongación de mi vida y la conservación de mis facultades, al cuidado que siempre he tenido en observar el precepto dominical.»

Hay quien sostiene con datos estadísticos que [illegible] veces en cantidad al de siete y le excede en calidad.

No afirmaré yo tanto, pero sí diré, bajo la autoridad de un gran historiador inglés, que al fin del año, habrá trabajado más el obrero que descansa un día á la semana, que el que no interrumpió su trabajo, y que al cabo de veinte años la diferencia á favor del primero será muy considerable.

¿Hay, en efecto, pueblos de mayor actividad industrial y mercantil, de mayor riqueza que Inglaterra y los Estados-Unidos, donde se observa con toda religiosidad hasta con exagerado escrúpulo, el descanso del domingo?

«El domingo no es un día perdido—dice Macanlay, que es el historiador á quien antes me referia.—Mientras la industria está en suspenso, y el arado reposa en el surco, y la Bolsa está desierta y silenciosa, y el humo no corona ya las chimeneas de los barrios manufactureros, se está realizando una operación tan importante para la riqueza de las naciones como cualquiera otra de las que se practican en días laborables. El hombre, la máquina de las máquinas, la máquina sin la cual todo el ingenio de Watt y de Arkwright hubieran quedado sin aplicación y sin valor, está reparando sus desgastes, se está reponiendo para volver á su trabajo el lunes, con un inteligencia más lucida, con un espíritu más despierto, con un vigor corporal revivificado por el descanso.»

Pero es que el hombre tiene en ese día algo más que hacer qué restaurar sus fuerzas, renovar su sangre y asimilar oxígeno; que el sér humano no es máquina destinada á producir, con ó sin tregua, tal ó cual artículo, un instrumento inerte, una especie de engranaje que deba funcionar automáticamente hasta donde se lo permita su resistencia.

No basta que defendamos la salud de su cuerpo; es necesario procurar también la salud de su alma, es decir, su moralidad; moralidad que al perder su cimentación religiosa, puede todavía levantarse sobre los sentimientos naturales que se desarrollan en la vida de familia.

Jamás el espíritu de familia ha estado más amenazado y nunca ha sido tan necesario como hoy. Los más eminentes sociólogos proclaman la necesidad de conservarlo y defenderlo como último baluarte de la moral cristiana, y es que entienden que los desórdenes morales que se advierten en la clase obrera, provienen frecuentemente de un relajamiento de los afectos y de los deberes de familia.

Va desapareciendo ya el culto á la edad; el respeto á los viejos se va extinguiendo ya en la gente moza; la autoridad del padre va perdiendo su influencia en la familia; el amor filial no se sostiene á veces más que por el interés de heredero; el padre gasta en la taberna el dinero del pan de sus hijos; la madre antes que verlos perecer, prefiere abandonar el hogar para buscar el sustento de sus pequeñuelos en el trabajo ó en el vicio; acometense furiosamente hermanos contra hermanos; algún hijo desnaturalizado alza la mano contra su padre; algún monstruo golpea á la madre que le llevó en su seno y le alimentó con su sangre; ¿qué se ha hecho de aquel espíritu de familia refugiado en el humilde hogar de la gente pobre? ¿qué ha ocurrido para que se pierdan las sanas tradiciones de la familia obrera?

Pues algo que se explica de una manera muy sencilla; que hemos hecho un obrero de la mujer y hemos alejado al hombre de la casa conyugal.

El padre está en la fábrica; la madre en el taller; los hijos vagabundean á la buena de Dios: el lazo de la familia está destruido.

Es indispensable, necesario, de urgencia de madre, y restituirla á su jurisdicción propia, que es el hogar doméstico.

Perdóneme ese sexo, con quien siempre procuro mostrarme galante, si le digo que me parece un ejército sublevado, y que en cada mujer hay un insurrecto contra las leyes naturales.

Insurrecto es, aunque obligado como el simple soldado de filas, la mujer del pueblo que para subvenir á las necesidades de los suyos se entrega á un trabajo duro, penoso, masculino, incompatible con su sexo y con su misión en la familia; insurrecto es la dama de elevada posición que abandona la dirección de su casa, la educación y cuidado de sus hijos, entregándolos á manos extrañas mercenarias é indiferentes, para caer en una ociosidad peligrosa; insurrecto es, por último, la burguesa, la mujer acomodada de la clase media que se asocia al trabajo del marido, que lucha con él por la vida, al frente del taller, detrás del mostrador, sentada en el escritorio y que hace perder á sus hijos en solicitud y dirección de madre, lo que tal véz ganen en bienestar material, y en capital hereditario.

Pero la más grande y más triste de estas insurrecciones, es la que implica la deserción del hogar por parte de la mujer obrera, deserción forzada, deserción violenta, deserción hija del moderno régimen industrial que empieza en los umbrales del taller y acaba sabe Dios adonde.

Si todas las mujeres necesitadas pudieran encontrar trabajo lucrativo dentro de su casa ¡cuánto habrían ganado la moralidad y las costumbres!

No creais, no, que esta exclamación es meramente un arranque declamatorio; seguidme en una corta digresión, y vereis como os hablo de una desconsoladora realidad.

A los 13 ó 14 años, sino antes, comienza la hija del obrero á ir al taller ó la fábrica á aprender un oficio. Sin saber leer ni escribir por punto general, sin instrucción ninguna con la escasa educación que ha podido recibir de sus padres, queda la hija del obrero en medio del oleaje social á merced de sus propios instintos, de sus naturales sentimientos. Llega al taller, y tal vez le répugnen, en los primeros días, el lenguaje obsceno, la conversación cínica, el impudor de los gestos y ese *argot* especial de la fábrica tan viciado como el aire que allí dentro se respira; pero no tardará en acostumbrarse... ¡es necesario aprender para trabajar y trabajar para ganar un salario!... pronto las palabras no conseguirán ruborizarla, la mímica pornográfica será para ella perfectamente inteligible, la celebrará más tarde, y ella misma empleará aquellas palabras y gestos que antes le repugnaban... ya perdió el pudor que era la defensa de su virtud... no falta más que la ocasión... un baile público... seductoras promesas de felicidad deslizadas en su oído por repugnante Celestina... un lazo tendido por el hombre que acecha su caida... y la obra quéda completa... Una vez en la pendiente ¿quién la detendrá? El amante desaparecerá; los padres ó maltratarán á su hija ó se harán cómplices de su falta, y tanto en uno como en otro caso, ya por desprecio, ya por miedo á los suyos, la joven acabará por huir de su casa, para convertirse en animal de adorno de cualquier piso elegante.

Alguna vez habréis leído en las novelas el triunfo de la hija del taller después de su caida... ¡qué caso tan excepcional! Si por raro evento existiera fuera de la novela algún seductor que llamaremos *cursi*, siguiendo el criterio moral de nuestra sociedad, dispuesto á reparar las consecuencias de su falta, sobre él caerán los anatemas y las maldiciones de los propios, y las sangrientas burlas de los extraños.

En la vida real no se hacen novelas y al lupanar no hay más que un paso.

Para que vuelva la mujer á su papel de madre, para restituirla al hogar, es preciso arrancarla del taller, y si esto no es posible hacerlo por completo, dadas las condiciones del moderno régimen industrial, hagamos al menos que un día á la semana, el domingo, viva la mujer la vida de familia en medio de su marido y de sus hijos.

(Continuará).

COLABORACION INÉDITA

El régimen vegetal y la cuaresma.

La impaciencia con que llevan muchos católicos el precepto de ayuno y la vigilia, apenas acatado ni cumplido más que en los grandes días del Jueves y Viernes de la Semana Santa, me trajo á la memoria lo que sé del movimiento *legumista* ó *vegetalista*, muy activo en el extranjero y hasta elevado á sistema científico é higiénico en toda regla, y sobre el cual se han escrito libros muy sabios como el del doctor Bonnejoy.

Según los apóstoles del nuevo sistema de alimentación, la comida de carne,—que ellos califican de *necrofagia*, ó *alimento basado en el cadáver*,—origina enfermedades sin cuento y activa y fomenta las que ya existen en gérmen en nuestro organismo.

La tisis apresura su marcha por la excitación; el reuma y la gota invaden las articulaciones, gracias al aumento de fibrina en la sangre que produce la comida de carne; la escrófula se debe á las viandas de cerdo; otras enfermedades muy molestas y nada limpias son fruto del exceso de ácido úrico en la sangre, por culpa de la carne también...

Todo eso que habíamos oido decir mil veces, que los niños se robustecen á fuerza de chuletas y *beefsteacks*, que la anemia se combate con solomillo aparrillado, que la carne carne cria... todo eso hay que desecharlo y arrumbarlo: los niños lejos de fortalecerse con la carne, se *envenenan*... Noticia consoladora para las pobres madres de las clases menos ac-